

LA NUEVA NOVELA DE PATRICIA SUTHERLAND

- EXTRACTO -



<<... Esta vez Abby no lo miró con desconfianza al verlo allí. Su fantástica moto estaba aparcada sobre la acera, y Evel, apoyado contra una farola próxima, sin hacer el menor intento de fingir un encuentro casual. Hasta se había quitado la cazadora, que ahora colgaba de un hombro, como si se usara a sí mismo a modo de perchero. En una rápida inspección notó que su *minicresta* estaba perfecta, como siempre, y que vestía de viandante -hoy no había cuero por ningún lado-. A pesar de no llevar puestas esas prendas acolchadas con que los moteros intentaban protegerse en las caídas, le seguía pareciendo un tipo corpulento. No el típico musculoso; más bien de complexión grande. Aunque, se dijo, habría que ver qué se escondía debajo de aquella camisa de un llamativo azul violáceo que llevaba por fuera de los pantalones, la única indumentaria negra que hoy estaba a la vista. La atención de Abby pronto se desvió al rostro masculino; ya no tenía el parche en la ceja -la brecha que había requerido tres puntos estaba al aire- y la boca había reducido ostensiblemente su hinchazón. Tenía mucho mejor aspecto que la noche anterior.

Para Evel, ella tenía el mismo.

Porque daba igual lo que se pusiera o si llevaba doce horas sin retocarse el maquillaje, Abby siempre era un bombón. Y cada vez que la veía pensaba lo mismo; que era de las pocas mujeres que conseguían concentrar toda su atención independientemente de las circunstancias, de lo que estuviera haciendo, incluso del aspecto que tuviera. Daba igual el momento o el lugar, si Abby estaba en su campo visual, todo lo demás quedaba relegado a un segundo plano. No era solo que la considerara la mujer más mirable que había tenido la ocasión de conocer; es que le parecía real como la vida misma, sin artificios ni remilgos.

Y hoy estaba tan mirable como de costumbre, con su vestido negro, corto y entallado, sus sandalias a juego de tacón muy alto, y su chaquetilla vaquera.

Era preciosa.

—Esta vez no es casual, ¿eh? —dijo Abby a modo de saludo—. ¿Vienes a hacer de Gran Hermano o es genuino interés por saber si salí bien librada del juicio sumarísimo de anoche?

Los ojos masculinos exploraron su rostro. Llevaba un maquillaje suave pero completo que disimulaba bastante bien la palidez y cubría casi por completo las oscuras sombras bajo sus ojos; hasta había delineado el borde de los párpados que mostraban una fina línea negra, y los labios... Aquellos labios carnosos brillaban, como si le hubiera aplicado una capa humectante. Parecían un melocotón maduro, dicho sea de paso, una de sus frutas favoritas... Aunque, por su madre que era adicta al maquillaje, sabía que se trataba de un efecto logrado con esmero. Notó que, además, había recogido su cabello en una coleta alta. Siempre que la había visto lo llevaba suelto, luciéndolo. Lo que no era para nada de extrañar, ya que tenía una melena larga con suaves ondas que ella resaltaba de alguna forma (eran demasiado perfectas para ser naturales), y que solía llevar partida al medio. El color variaba con la moda, pero este de ahora era un rubio muy claro. Pensó que el cambio de peinado de hoy se debería a que no le había dado tiempo a lavarlo y moldearlo. Quizás la conversación con su familia -a la que ella se había referido como “juicio sumarísimo”- había sido intensa y larga, y Abby se habría desmayado en la cama a las tantas, sin ánimo de dedicarle más tiempo al arreglo personal.

Evel podría haber seguido observando y sacando conclusiones; las dos cosas le encantaban, especialmente si el objeto de sus apreciaciones era el *bomboncito*, pero Abby, por una vez, no había sonado beligerante, y no deseaba que tanta "observación" la incomodara.

—Mitad y mitad —respondió él.

—Estaba en la cama diez minutos después de que te marcharas, así que puede decirse que conseguí librarme, y en cuanto a lo otro... Como te comenté ayer, el hombre no era un desconocido y sé que no está pasando por una buena época... —al ver a Evel fruncir el ceño, se encogió de hombros y aclaró—: Penas de amor... En fin, que no quiero crearle más problemas si puedo evitarlo, pero ya me he ocupado de dejarle claro que si tengo que hacerlo, lo haré.

Él la miró fijamente.

—O sea, que has vuelto a verlo.

Su mirada habló por ella, pero además lo puso en palabras.

—¿Y qué si he vuelto a verlo? Oye, no te pases, que ya tengo bastantes "preocupados" en mi vida y no quiero más —al ver la mirada *hiperseria*, ella apartó la suya y desvió el tema—. No volverá a cruzarse en mi camino, tranquilo.

Desde luego que no lo haría, pensó Evel, pero decidió no continuar con aquel tema. En cambio, echó un vistazo rápido al bolso cargado de cuadernos de tamaño extragrande que Abby llevaba colgado del hombro. ¿Era de las *Monster High*? Tuvo que concentrar todas sus fuerzas en mantener a raya la sonrisa.

—¿Vuelves al cole? —le preguntó, al tiempo que estiraba una mano para cogerlo. Lo hizo de forma tan natural, que ella descolgó el bolso y se lo pasó. Evel se lo puso en el hombro que le quedaba libre—. Sí que pesa...

Abby asintió. Si sumaba el peso de la mochila y de los cuadernos, llevaba todo el día cargando más de cinco o seis kilos.

—Gracias... No, no vuelvo al cole y espero que el tema vaya en serio porque si no...

—¿Qué tema?

—Pues, verás, no lo tengo muy claro todavía... —empezó a decir Abby, y mientras hablaba, acompañaba sus palabras con gestos de las manos—. El otro día, cuando ya me iba de clase, se me acercó un tipo que estaba con la profesora, revisando los modelos —al ver la expresión de Evel, aclaró—: son los diseños que cada alumno pinta durante la clase... Total, que se me acercó. Me dijo que el mío le gustaba y que quería ver más, y me dio su tarjeta para que concertara una cita.

Evel estaba al tanto. O más o menos. Pero tras el suceso del día anterior, ya no se fiaba de nada.

—Ten cuidado, a ver si este también sufre "penas de amor" y te llevas otro disgusto.

Abby asintió, en cierto modo festejando la broma, y en parte, porque ella había pensado exactamente lo mismo.

—Ya. De momento, me estoy llevando un buen dolor de espalda y más le vale estar el sábado en su estudio como me ha dicho hoy, porque como me dé plantón otra vez, lo va a volver a ver su madre.



—¿Estudio?

—Sí, es un estudio de tatuaje. Bueno, tiene varios. Este está en el Soho. Al parecer el tipo es conocido en el mundillo; yo como no entiendo de tatuajes, no te puedo decir...

—¿Y si no entiendes de tatuajes, para qué te quiere?

—Es una incógnita —respondió Abby al tiempo que encogía los hombros y ponía cara de “vaya uno a saber”. Evel no pudo evitar sonreír al ver aquella mueca; era clavada a la que ponía Summer, la nieta de seis años de la encargada de la limpieza de su taller. Esta vez fue Abby quién frunció el ceño—: ¿De qué te ríes?

—Haces muchos gestos cuando hablas... —apuntó él con sencillez, sin aclarar si eso le parecía bueno o malo.

—¿Sabes cuál es el apellido de soltera de mi madre?

Él negó con la cabeza y Abby respondió al tiempo que acompañaba cada sílaba de ademanes que hacía con las manos, cada una de las cuales había cerrado poniendo los dedos en contacto, formando picos.

—Bal-di-ni. ¡Baldini! ¿A que no suena nada inglés? ¡Cómo no voy a gesticular!

Ambos rieron. Abby se dio cuenta de que era la primera vez en semanas que sentía el calor de la risa en su pecho, esa sensación tan agradable que quedaba cuando los músculos del estómago se relajaban.

A Evel también le gustó verla reír. A todo el mundo se le iluminaba la cara cuando reía, pero en Abby tenía el añadido de unos simpáticos hoyuelos que se formaban en sus mejillas, que transformaban aquel rostro en algo muy cercano a la perfección. Y también le gustó descubrir que era histriónica. Divertida.

—Oye... Gracias por lo de ayer, *por todo lo de ayer*, pero especialmente por no quedarte al consejo de guerra. No habría podido librarme si te quedabas, y la verdad, estaba agotada. Lo único que quería era dormir.

—No te has librado, solo lo has pospuesto —replicó él con aquella forma suya, breve pero contundente, a la que Abby empezaba a acostumbrarse—. Pero no hay de qué.

Vaya. Por lo visto el motero demonio era de ideas fijas. La noche anterior casi no habían tenido tiempo de nada antes de que toda su familia los rodeara en el jardín de casa de los Gibb, dando rienda suelta a su angustia con la pasión propia de las mujeres Baldini, y los condujeran dentro, al salón, pero bien que él se las había arreglado para susurrarle al oído un sorpresivo “habla con ellos; son tu familia y están preocupados por ti”. Idea en la que, indirectamente, volvía a insistir.

—Ahora eres el Gran Hermano... Ya entiendo lo que querías decir por “mitad y mitad”. Vas cambiando el modo según interese... Bueno, voy a ser sincera y a decirte que me gusta más tu modo “chico genuinamente interesado”.

—Por saber si habías salido bien librada anoche —apostilló él con su mirada chispeante de picardía—. Si dejas la frase a medias podría dar lugar a malas interpretaciones.

Abby entrecerró los ojos, en aquel gesto que Evel ya le había visto en dos ocasiones, y que le encantaba, porque normalmente precedía una carga de mortero o una ocurrencia.

—¿Ante quiénes? —espetó ella con sarcasmo—. Solo estamos tú y yo.

Y no lo dijo, pero su lenguaje corporal se lo puso en luces de neón: “y los dos sabemos perfectamente que el interés es genuino”.

Evel sonrió para sus adentros. En esta ocasión había sido una carga de mortero disfrazada de ocurrencia. En vez de responder, echó un vistazo a su reloj y con la misma tranquilidad, le dijo:

—¿Vas para casa?

Abby se cerró la chaqueta vaquera con cierto gusto raro en el cuerpo. No es que estuviera de humor para jueguecillos -ni para nada: su vida era un desastre y no conseguía levantar cabeza-, pero le gustaba comprobar que, a pesar de que él -para variar- volvía a salirse por la tangente, ella había hecho diana. Estaba allí, y daba igual en qué plan; estaba allí porque buscaba lo que todos buscaban con ella. Ni más, ni menos. Pero tenía que admitir, eso sí, que él lo hacía mejor que la mayoría. Considerablemente mejor.

Cuando elevó la barbilla, Abby tenía un gesto gracioso en el rostro. La mueca no llegaba a la categoría de sonrisa, pero le confería un toque divertido a su cara de muñeca.

—Ya. No me lo digas, ¿te queda de camino, no? —y mentalmente, ya estaba preparando el pequeño discurso que acompañaría a su “gracias, pero cogeré el bus”. Que su familia los viera llegar juntos por segunda vez en dos días, eso sí que daría lugar a malas interpretaciones.

En cambio, lo vio quitarse la cazadora y el bolso de los hombros, acercarse al bordillo y elevar un brazo. Un instante después, el taxi se detuvo frente a ellos, y Evel abrió la puerta.

—Hoy no. Me están esperando, lo siento —explicó, mientras la mantenía abierta para que ella entrara—. Llevas mucho peso. Así irás más cómoda —le hizo un guiño y disfrutó al ver que ella estaba *genuinamente* sorprendida—. Y más segura.

Abby tomó el bolso de las *Monster High* y entró en el taxi sin hacer comentarios. Vio cómo le daba indicaciones al conductor y abonaba el importe del trayecto.

Y no hizo comentarios porque, realmente, no sabía qué decir ni cómo tomarlo. ¿A qué había venido eso de parar un taxi? ¿Qué estaba haciendo allí, dándoselas de caballero rico, si lo esperaban? ¿Y quién lo esperaba? ¿La misma persona que lo esperaba ayer? Meneó la cabeza sin darse cuenta. ¿De qué iba todo aquello?

Vale, como había dicho, no estaba de humor. De modo que bajó el cristal y le hizo señas de que se acercara.

Evel apoyó una mano sobre el techo del taxi y se agachó para hablar a través de la ventanilla.

Fugazmente, Abby volvió a reparar en aquella mirada atenta. En que sus ojos eran verdes, algo que, a pesar de las veces que lo había visto sin sus Ray-Ban, solo había descubierto la noche anterior. En que a la luz del día parecían más claros...

Uf... En que era mejor dejar de mirarlo de una puñetera vez.

—Gracias. Eres muy gentil —dijo ella, y añadió—. Pero que sepas que no me lo trago.

Él tampoco ahora se inmutó. Cuando se estaba incorporando para alejarse, respondió con una ligera sonrisa:

—De nada, Abby. —Le indicó al taxista que podía ponerse en marcha y a continuación, volvió su mirada amable sobre ella—. Ya nos veremos... >>

© Patricia Sutherland

Autora de Bombón (2007), Primer amor (2007), Amigos del alma (2008) y Princesa (2011)

Web: Jera Romance

www.jeraromance.com

Blog: Sutherland

patricia-sutherland.com

Facebook:

<http://www.facebook.com/pages/Patricia-Sutherland/113363645397404>

Twitter:

<https://twitter.com/JeraRomance>